

Con el atávico impulso de dejar huella de nuestro paso por este querido colegio y después de postergar tantos abrazos en el contexto de la pandemia, es que –por fin– venimos con sincera emoción a cumplir con el deseo de juntarnos para rendir homenaje al cumplirse ya veintiséis (26) años de nuestro egreso como la primer promoción mixta del Instituto San Román.

Reparemos en el cambio de paradigma que significó para un colegio privado y confesional, con una tradición de setenta y cinco (75) años del aprendizaje por separación de género, adecuarse al desafío institucional y las bondades de la coeducación. El año lectivo 1991, sin duda alguna, marcó el punto de inicio de una nueva normalidad en nuestra comunidad educativa.

A poco que se compulse la nómina inscripta en la placa que venimos a instaurar, podrá apreciarse que conformamos un grupo de treinta y seis (36) egresados de la Promoción 1996 de Educación Secundaria, más concretamente la comisión de 5º año, división 'B', de la sección Bachiller. De ese nutrido y heterogéneo grupo, tan solo diez (10) mujeres representan ese primer bastión de polleras escocesas con camisa blanca, medias tres cuarto y zapatos negros que supieron conquistar una por una cada aula de este establecimiento.

Diez niñas que salían al recreo y desde el patio y las galerías quedaban expuestas en su franca minoría, con la mirada indiscreta del alumnado desde los balcones, tratando de entender esta novedosa presencia femenina. Año tras año se fue forjando una convivencia por demás fructífera y superadora, tornando esa timidez inicial en el aplomo con el que egresaron.

Aquí no solo se nos enseñaban saberes sino que -a la par- constituía el propio escenario en el que devenía nuestra adolescencia, con todas las vicisitudes de una etapa tan significativa y trascendente de la vida. Surgieron entonces nuestros primeros amores, de esos que estábamos convencidos que durarían por siempre; testimonio de ello es que esta promoción cuenta con dos matrimonios felizmente constituidos en aquella temprana época y la prodigalidad del amor en hermosos hijos.

Algunos tuvimos aquí nuestra primera experiencia de trabajo temporal al atender las canchas y el bufet del gimnasio los sábados, lo que nos permitía ganar unos pesos para salir a divertirnos. Aquí también aparecieron y se desarrollaron nuestras primeras pasiones y vocaciones, aprendimos a disfrutar de los deportes en equipos, la música en su diversidad de facetas, del baile como forma de diversión entre pares y como vía de sociabilización, con la experimentación y los primeros excesos y el reconocimiento de los límites tan necesarios para una etapa tan comprometida con los actos de rebeldía.

El gran acierto de este colegio fue abrigar esas vulnerabilidades dentro del loable objetivo de educar en valores más que en contenidos. Ya bien lo advertía el Venerable Padre Manuel d'Alzón: *"La educación es una tarea más difícil que la enseñanza"*.

De esa heterogeneidad de individualidades han devenido en nuestro grupo un variado espectro de profesiones tales como médicos, veterinarios, abogados, arquitectos, ingenieros, licenciados en finanzas y psicología, empresarios, artistas plásticos y gastronómicos, docentes, un diplomático, un meteorólogo investigador del CONICET y algún que otro hijo pródigo;

desperdigados por diferentes lugares a los que nos fue moviendo nuestro destino, como ser España, Francia, Perú y el noroeste argentino.

El grupo de egresados aquí presentes y en representación de los que lamentablemente no pudieron concurrir, queremos aprovechar la ocasión para rememorar particularmente a la alumna Ana Inés Ordoñez, más conocida en esta casa como "Anita", "Ana Inés" u "Ordoñez", tal y como cada uno de los aquí presentes tenía su forma diferente de llamarla; pero todos tenían un común denominador, QUERERLA, porque así era ELLA, querible por donde se la viera.

Sin duda, era la favorita de los profesores y es muy fácil de entender. Tiene que ver con su espíritu colaborativo, su predisposición a cooperar en cualquier ámbito del colegio. Recordemos que ayudaba en la biblioteca al profe Gallardo; que participaba en los campamentos del Departamento de la Fe (o DEFE como lo conocemos todos); era además la capitana del equipo de Volleyball que con su camiseta N° 9 llevó al San Román a ser subcampeonas de los intercolegiales que se jugaban en Mar del Plata.

Y una anécdota para finalizar que no muchos conocen: ¿sabían que jamás se quiso "ratear"? Y ¿saben por qué no? Porque quería mantener su registro de asistencia perfecta: ¡¡¡no faltó NUNCA al colegio!!! Así de comprometida y responsable era Anita, como no iba a ser la preferida!!!!

Por eso, colgar hoy esta placa aquí en el pasillo del colegio es tan importante para todos nosotros. Queríamos así rendir también homenaje a tan linda persona que fue Anita y dejarla aquí presente, grabada junto a cada uno de sus compañeros y amigos.

Con la convicción que cada generación de sanromanenses debe intentar superar los estándares de integridad, honestidad, decencia y valor de la que la precede, nos permitimos la licencia de articular un diálogo imaginario con la actual para pedirles que cuiden estas "paredes" y sus cimientos, porque –de seguro– algún día se sentirán orgullosos de tener sus nombres inscriptos en una de estas placas, así como a partir de ahora nosotros nos sentimos al celebrar nada menos que veintiséis (26) años de haber cumplido nuestra misión formativa, en la inestimable gratitud de nuestros padres y familiares, los directivos, docentes, auxiliares administrativos, con un grito comprometido: ¡Siempre adelante -centenario ya- Instituto San Román!

Gracias así a las autoridades del colegio por permitirnos esta reunión, gracias a los profesores por venir y gracias especialmente a la familia de Ana Inés. Sepan que sigue presente no solo en nuestros corazones sino también aquí, en este querido colegio que la vio crecer.

Muchas gracias a todos.